

El Sudor del Obrero

Organo de las Sociedades Obreras y de la Coalición Republicana Socialista

SE PUBLICA 4 VECES AL MES

GRATIS A LOS SOCIOS

Redacción y Administración:
J. NAVARRETE, NÚMERO 44

No se devuelven los originales.

Plus Ultra

Diferentes fases para manifestarse tiene el progreso humano como leyes ineludibles. Si el efluvio que de él emana, saturado de perfumes embriagadores, es aspirado por seres que ni jóvenes ni viejos, nos hallamos sí, en el ocaso de la juventud y, por ende, hemos adquirido ese algo de experiencia que facilita el continuo batallar por la vida, habiendo dejado en su zarzalesco camino, girones de nuestra alma y cachos de nuestra piel, aun cuando marchemos á la conquista de la gran finalidad, que lejos, muy lejos se vislumbra, pero que el humano sentir ha concebido entonces con nosotros, el progreso se manifiesta lentamente, porque lentas son siempre las evoluciones progresivas, que jamás podremos precipitarnos en desenfrenada carrera evolutiva, aquellos á quienes los hechos consumados nos han demostrado más de una vez, que paso que en falso se dá en el camino del progreso, por consecuencia paso perdido es, y su recuperación se consigue por labor inusitada.

Si por el contrario—ó sea otra de sus manifestaciones—las ambrosías progresivas son aspiradas por juventudes pletóricas de vida, de sangre exuberante que circula por sus venas con rapidez vertiginosa, entonces el progreso se manifiesta grandemente, sublimemente avasallador de toda injusticia, y así como la Naturaleza necesita de las grandes conmociones atmosféricas, el progreso es entonces revolucionario, porque como la Naturaleza, también necesita de sus conmociones.

Y cuando avasallador y prepotente se nos demuestra, como ocurre en los presentes momentos históricos, los que como nosotros, no podemos for-

mar en su vanguardia, aun cuando en nuestra mente grabado llevemos el indeleble «plus ultra», por cuanto tenemos la seguridad absoluta de que nuestras fuerzas musculares nos impide correr tan velozmente como nuestro pensamiento corre y por ello arrollados seríamos por las grandes y juveniles multitudes, nos hacemos á un lado y dejándola paso franco, saludamos entusiásticamente á los luchadores que han de ocupar nuestros puestos, que con pena y convencidos de impotencia forzosamente nos vemos obligados á abandonar.

Pero no le abandonamos, no; que sería impropio en los que luchando gozamos, para sumirnos en la vida egoístamente contemplativa, solamente cambiamos de lugar, ya que no podemos ir al paso á que los de atrás nos obligan, formaremos á la retaguardia para ir cubriendo las posiciones que valientemente vayan conquistando, y si por azares de la lucha se ven obligados á tener que retroceder, no será tan pronto como para que no dé lugar á que, como tropas de refresco, impidamos el retroceso.

«Plus ultra», «más allá», «siempre adelante», es el distintivo del progreso; si no lo olvidáis, triunfareis y por consecuencia triunfaremos todos.

F. y T.

Arañazos

La indisposición de que viene siendo víctima nuestro querido felino, se ha acentuado de tal manera que en verdad, muy de veras tememos que llegue á hacerse crónica.

Han surgido tantos gatos en condiciones en el mes de Julio, que ni que estuviéramos en Enero.

Y estan pusilámene nuestro felino que sospechamos que por tanto gaticidio contraiga incurable afección moral.

Y nos daremos por satisfechos si á pesar de las bolillas no tenemos una invasión pertruna.

Una pregunta

¿Cómo siendo tan honrado
trabajando con fineza
sin conocer la pobreza,
lo dejan á usted parado?
Algo grave habrá pasado
cuando así lo han despedido.
¿Qué causa lo ha promovido?
¿me lo puede asegurar?
porque me atreví á jurar
que en nada habrá dilinguido.

Una respuesta

Como nunca me amoldé
á caprichos de egoísmo
y el repulsivo cinismo
con desprecio lo miré,
la ruin venganza esperé;
pues sabía por experiencia,
que los hombres sin prudencia
habíanme de castigar,
por mi sufragio prestar,
como dictó mi conciencia.

S.^a C.ⁱ N.^o

¡Pescadores!

Apena el ánimo: las fibras del sentimiento se estremecen contemplandoos á vosotros y á vuestros hogares; solamente ante la evidencia misma, ante la realidad no oculta, pueden concentrarse las ideas y pensar lo que sois, y lo que en justicia debierais ser y disfrutar.

Pobres párias, ignorantes, que dejais deslizar los floridos años de vuestra juventud sometidos á execrable explotación, y encanecéis marchando por el escabroso sendero de la miseria y del abandono, sin que oigais una voz que os reanime, que os dé el ¡alerta! y os anuncie el despertar de un nuevo día, en que os redimais del tiránico yugo que aniquila y destruye vuestra existencia, vuestras aspiraciones y vuestras alegrías.

Y esa misma desgracia, que en vosotros se ceba, esa escala del hambre y la desnudez, que recorreis pacientemente tascaando el freno que os amordaza y obliga á enmudecer vuestros labios; esa misma senda, repito, la haceis seguir también á las compañeras que elegisteis para esposas; y como complemento secundario, haceis padecer con vosotros á vuestros hijos, esos

seres inocentes para quienes debiérais procurar la felicidad á que tienen derecho, desde los primeros albores de la vida.

Solamente por vuestra rudeza, por vuestro analfabetismo, pudiérase calificaros de crueles; porque sois crueles con vosotros mismos, y porque lo sois también con quienes siempre soñaron en una nueva Era al unir á vosotros la suerte y la aspiración del cariño más puro y fraternal.

¿Y no os horrorizais cuando al retornar á vuestros hogares, después de concluidos los azares de la vida de á bordo, hallais en vez de albergue un antro inmundo, que os demuestra con la elocuencia de los hechos todo el resultado de vuestra torpeza y de vuestras perdidas energías?

¿No oís el grito de la conciencia, que os apostrofa por vuestra incuria, cuando contemplais esos hijos flacos, anémicos, hacinados en revuelto montón de inmundicias y de andrajos?

¡Oh!, sí; ¡qué duda cabe!

Yo creo estar oyéndoos renegar de vuestra suerte, de vuestra desigualdad social; parece que os escucho preguntar ante ese cuadro de tristezas... ¿Cuál es el fruto de mi trabajo, de mis afanes y mis desvelos? ¿A qué precio se cotiza mi producción?

Y parece que os oigo responderos con la dolorosa resignación de los desheredados. ¡¡Nos roban!!... ¡Es imposible!... ¡No hay redención!

Y os callais; y cabizbajos os vais á la taberna, donde, libación tras libación, un trago tras otro, procurais olvidar con la mordaza de la embriaguez que os arrastra al vicio, todas aquellas miserias que momentos antes vieron vuestros ojos.

Pero no; no es esa la respuesta; la respuesta sois vosotros mismos; porque vosotros sois los responsables de cuanto os sucede.

Vosotros, que en tiempo no lejano, os unisteis para defenderos y luchar por el mejoramiento de vuestra clase; vosotros que comenzasteis la labor con grandes arrestos, con entusiasmo sin límites, pero sin la base, sin el apoyo suficiente para lograr vuestros deseos; y al fin, ¡pobres desengañados! sucumbisteis: ved ahí el resultado de vuestra obra.

Mal os hallábais entonces: peor os encontráis ahora.

Reconoced vuestra desconfianza en vosotros mismos y en vuestra falta de firmeza y voluntad.

Reconoced que sois dignos de mejor suerte; no perdais la esperanza nunca: si un edificio se derrumba, se vuelve á reedificar.

Los vencidos, siempre aspiran á la satisfacción de la reconquista.

Aún hoy, con tacto, resucitando

vuestro entusiasmo, pero con una constancia inquebrantable podeis redimirlos; aliénteos la presencia de vuestras hambrientas familias; vuestros tristes hogares y los harapos con que mal cubrís vuestros cuerpos.

Uníos, repito; organizad vuestras fuerzas de nuevo; tened confianza, que si un paso se os vuela atrás un nuevo esfuerzo hará que adelanteis el doble, y de ese modo llegaréis á ocupar el lugar que indiscutiblemente mereceis y os corresponde.

Vuestra labor es tan honrada como la que más, y honrada es también, por fuerza, la defensa de vuestros derechos.

Hasta el número próximo.

CABAL.

Nuestra opinión

Por fin, conseguimos ver representada por la notable Compañía dramática que dirige el distinguido primer actor don José Vico, la obra *Nobleza... en el corazón*, de la que es autor nuestro estimado compañero Antonio Sucino.

No es nuestro ánimo hacer crítica de la referida obra, ni tenemos facilidades para hacerlo, ni conocimientos dramáticos; pero aunque no careciéramos de tales facultades, no somos nosotros los que debemos juzgarla; el deber es del público en general, así creemos que debe de ser, y así ha sucedido; pues en las cuatro representaciones que lleva el público, conscientemente una parte é inconscientemente la otra, han dado un realce á la obra de incomparable validez.

Al decir las dos partes del público, nos referimos: primero, é la clase proletaria que ha aumentado el valor de la obra con su grandiosa concurrencia y sus atronadores y repetidísimos aplausos; pero á nuestro juicio la engrandeció mucho más, esa parte del público que mencionamos, con no asistir á sus representaciones, y decimos esto, por creer que cuando una obra como es *Nobleza... en el corazón*, en la que se vé á la honrada clase trabajadora representada por un obrero sin cultura, sin delicadeza, un hijo del trabajo, sin más conocimiento que el adquirido por la práctica en las rudas faenas agrícolas, hombre tosco, áspero, de bastos modales y expresiones bárbaras, que lo creen salvaje por carecer de instrucción, pero prueba tener mucho criterio, sobrada dignidad, propia autonomía, bastante vergüenza y demasiada honradez, que prefiere el hambre á la humillación, la miseria al desprecio, su honor al servilismo, que con palabras que si bien no las enseña la gramática ni el diccionario, son tan cla-

ras como ellas y van tan bien dirigidas, que las comprende sin dificultad el tipo á quien las dirige que representa la burguesía, la alta aristocracia, el capital, en fin, el orgullo y la soberbia.

Por eso creemos que la parte de público que no va al teatro á verla, sabiendo como sabe, la índole ó argumento de la obra, es el que más la realza, el que más valor le dá, porque con su ausencia acredita que es razonable y justiciera, por lo cual no le es agradable oír ante unos centenares de personas, lo que la conciencia (caso que no la tengan) debiera decirle; por otra parte tampoco le es grato escuchar de boca de un sacerdote modelo, verdadero apóstol de Jesús, las misiones y deberes de cada uno en este mundo mitad vanidad, orgullo y soberbia, y mitad desnudez, miseria y hambre.

Por esta razón, nosotros que así lo creemos, damos nuestra enhorabuena á nuestro querido amigo y compañero Sucino, y repetimos llenos de satisfacción, que si mucha validez y popularidad le han dado á su obra los que frenéticamente la aplaudieron, mucho más incremento le han hecho tomar los que no han presenciado sus representaciones, evitando así que sus rostros se enrojecieran, tener remordimientos interiores ó sueños intranquilos.

En el número próximo daremos detalles de lo que ocurre á nuestro compañero; pues no parece sino que este al escribir *Nobleza... en el corazón*, pronosticaba lo que á los seis años después había de sucederle á su autor.

LA REDACCIÓN.

REPRESALIAS

No nos faltaba razón cuando afirmábamos que las consecuencias de la jornada electoral del día 8 de Mayo, había de ser funesta para algunos de los trabajadores, que con energía y dignidad supieron defender sus derechos á pensar y obrar con arreglo á sus convicciones.

Prueba evidente de ello es la infamia, la iniquidad cometida con un dignísimo compañero nuestro, que por espacio de muchos años prestaba sus servicios en la casa del señor Conde; de ese Conde á quien llamaban y llaman muchos padres del pueblo, y presentaron para que ostentara su representación en Cortes con el carácter de candidato popular.

A este honrado y dignísimo compañero, modelo de esposos y padre de una numerosa familia, en la que se cuentan seis hijos que á excepción de uno son todos incapaces de procurarse el sustento, se le ha dejado en la calle por el solo hecho de ostentar libremente sus ideas y no prestarse á apoyar la candidatura del señor Conde, que dicho sea de paso, ha perdido todo el señorío de que le rodean sus aduladores, para convertirse en un ser mezquino que abusando de la fuerza que le presta su posición social, se ensaña con el débil empleando repugnantes represalias.

¿Son Sstos los sentimientos cristianos del señor Conde?

Con motivo de una errata Para D. Tomás Osborne

Un conocido, algo adicto al *desgravao*, me reconviene para que le diga en dónde ó por quién se dan aquí, en Sevilla, «miles de propinas á los curdas», como se da á entender en mi crónica anterior (núm. 130 del periódico).

En efecto, la errata del compañero cajista, aparte otras de *consecuencia gramatical*, me pone en el caso de aclarar que no he dado á entender que aquí se den «miles de propinas á los curdas», sino que he querido decir y así se desprende de la lectura, que hay «miles de popinas (así está escrito) para los curdas», como les llamaban allá por la época que remonta al año de Roma 260, á las tabernas.

Y aclarado esto, vaya también el por qué el dicho mío de *popinas*.

De la época nombrada á la que estamos, han pasado algunos siglos, y si nos fijamos en muchos de esos «establecimientos», vemos en ellos el mismo aspecto y costumbres que los observados en las *popinas* romanas y que dieron lugar á los magistrados de aquel tiempo y de aquel país de trazarles una especie de jurisprudencia en interés del pueblo.

Muchas tabernas de hoy, aparte de lo que puedan tener otras de hotel, Ateneo, casino, etc., etc., como les han asignado muchos intelectuales, son idénticas, en las grandes poblaciones, á aquéllas que les merecieron al juriconsulto Julio Paulo los más severos reproches.

De aquí que nosotros los socialistas, combatamos las tabernas porque no tienen nada de recreo ni de centro de educación, y si no podemos quitarlas, al menos que se reformen, como ya se viene haciendo en Sevilla, ganando mucho nuestra clase y también la industrial.

Quedamos, pues, en que no he dicho «miles de propinas», ¡yo, tan enemigo de la propina!, sino que hay «miles de popinas» para los que gustan con pasión el *desgravao*; y es una lástima que la jurisprudencia sentada en España (descanso dominical) se haya quitado, en lo que respecta á las tabernas.

ANASTASIO.

Sevilla, 27-7-10.

El tiempo pasa como el fuerte viento que cruza por el espacio: lo mismo pasa por nuestra mente la guerra continua que nuestros enemigos nos tienen declarada para acabar con nuestras aspiraciones de libertad, que legítimamente sentimos, y que mañana que sean un hecho nos sacarán de nuestra injusta situación rehabilitando y regenerando á todos los humanos.

A medida que el tiempo avanza, avanzan más y más en sus enconados odios aquéllos que, nosotros los obreros, debíamos haber desenmascarados sacándolos á la luz pública en la prensa, para que el público conociera á los que sin derecho ni justificación alguna nos recriminan, nos desprestigian, nos deshonoran, por el mero placer de recrearse en su infame obra y creyéndose seguros de no ser contestados como se merecen, en razón á nuestra poca instrucción. Mas hay un refrán que dice: «Todo el que va á la guerra no muere», y esto precisamente pasa ahora; ha quedado quien lo cuenta, para que no se quede riendo el que tiene ó los que tienen la culpa de que los obreros de esta localidad sean odiados hoy por los mayores propietarios de este desgraciado pueblo. Sí, son culpables aquellos asalariados en quienes hace confianza el propietario, engañados por vanas palabras y después á espaldas de dichos propietarios con sus enredos y engaños perjudican sus intereses, escatiman y merman, por no decir roban al indefenso obrero, y lo que es peor si cabe, indisponen á los propietarios con los obreros. ¿Cabe mayor infamia?

Tales señores, á que aludo, todos los conocemos y con un poco de esfuerzo intelectual seguramente recordará quienes son; hasta los más olvidados de mis queridos lectores.

Dichos señores son los mismos que prometieron salvar al Puerto y lo que han hecho es hundirlo más y más. Yo por mi parte estoy dispuesto á arrancar caretas para que el público conozca la verdad, conociendo al mismo tiempo á los verdaderos culpables de nuestros males; males que alcanza á propietarios y á obreros. Entre estos señores (ó lo que sean) se hallan á los que obligaron al señor Conde de Osborne á que se presentara como diputado independiente por el distrito del Puerto de Santa María, como única salvación para este pueblo, haciéndole ver que sería más respetable y querido. Mas se equivocan, por cuanto el pueblo quiere al señor Conde en lo

¿Es eso lo que le aconseja su director espiritual?

¿Es así como se interpretan las doctrinas del crucificado?

Yo quisiera que el señor Conde pudiera observar lo que ocurre en la casa de nuestro compañero, para que se recreara en su obra.

Yo quisiera que el señor Conde hubiera presenciado una escena ocurrida hace días en la casa de nuestro compañero, para cerciorarme si conserva aún un átomo de conciencia.

Estaba la mujer del referido compañero confeccionando una misera comida para sus pobres hijos, y uno de éstos, niño enfermito y deforme, que constituye la eterna pesadilla de sus padres, por entender que no podrá jamás proporcionar el pan que ha de comer, haciéndose cargo como un hombrecito, de la situación creada á sus padres, exclamó agarrado á las faldas de su madre:

¡Qué ruina mamaita, qué ruina!

¡Pobre niño!

Cuando por su edad todo debiera sonreírle, todo debiera ser alegría para él, un hombre sin conciencia, un hombre que tiene en su casa la placa del corazón de Jesús y no pierde un acto religioso para ponerse en bien con Dios, lo entristece arrebatándole el pan y sitiándolo por hambre.

Pero no le faltará el pan, no; que aún tiene padre y compañeros, su padre, que no consentirá que la obra de un católico se consuma, si; sépalo usted señor Conde, los socialistas somos pobres; muy pobres; pero poseemos sentimientos humanitarios y sabemos demostrar cuán diferencia existe de un socialista sin religión, á un burgués católico, romano.

Cuando asistí al estreno de la cristiana obra de la señora doña Josefa Galea y observé la perfidia de la señorita Luisa y aquel alma noble y generosa de la marquesa, haciendo caer á su hija de rodillas á las plantas de la infeliz María, acudí á mi mente la figura del señor Conde de Osborne y de mi querido compañero.

Vaya usted á ver la obra de doña Josefa Galea, señor Conde, y si verdaderamente tiene usted sentimientos cristianos, deberá caer á los pies de su víctima, exclamando como la señora marquesa:

«Contra soberbia humildad.»

DIAZ

Algo sobre el último atentado

Siempre por humanidad hemos lamentado y lamentaremos cualquier atentado personal ó colectivo que pueda costar la vida á un hombre ó á varios hombres; pero siempre abominaremos de los antihumanos para quienes constituye timbre de gloria el haber sido causante de las matanzas de Jumilla, Infesto, Barco de Valdeorra, Salamanca y tantas otras, como así mismo de las inusitadas represiones de Cataluña, por aquello de que fueron los factores principalísimos de la tristísima odisea del Barranco del Lobo.

que vale y no quiso servir de compar-
sa, secundando la idea de esos seño-
res por unas cuantas pesetas, precio de
la venta de sus conciencias! Ellos sí
que se embolsillaron bochornosamente
muchas pesetas.

Por estas y otras causas que suble-
van el ánimo, yo, aunque padre de
familia y sin más capital que mis pro-
pias fuerzas, insisto é insistiré en de-
cir la verdad, como hombre libre de
prejuicios é implacable propagandista
de lo que estimo beneficioso para el
bien general, quedando con este pro-
ceder, satisfecha mi conciencia por
haber cumplido lo que estimo un de-
ber de ella.

Cuando en los días de lucha electo-
ral, corrían los luchadores por las ca-
lles de la población, por no ver tantos
atropellos é iniquidades, decidí dar un
paseo por el campo y pareciéndome
más delicioso y más distraído el que
linda con la playa, me dirigí á aque-
llos sitios, y como la mayor parte de
aquellos terrenos pertenecen al señor
don Roberto Osborne, al verlos re-
cordé los tres meses que en ellos tra-
bajé. A mi imaginación acudieron
tristes recuerdos de aquella época.
¡Cuántas iniquidades é infamias acu-
dieron á mi mente! ¡Cuánta maldad se
enseñoreaba y sigue enseñoreándose
en aquellos sitios! ¿Cómo iba á triun-
far don Tomás Osborne, si aunque co-
mo su señor hermano, honrados y de
buenos sentimientos los que debían
ayudarle en su empresa, están odiados
de todos los que viven del trabajo? En
aquellos tres meses, á que me refería,
que estuve trabajando este año, tuve
que sucumbir á humillarme á los ma-
los tratos y órdenes intempestivas del
capataz y de su hermano, que como
segundo, suplía al primero en sus fal-
tas.

Entonces tuve ocasión propicia de
observar detenidamente los atropellos
de que somos víctimas los obreros y al
mismo tiempo el desorden y mala ad-
ministración de que son responsables
dicho capataz y su hermano, encar-
gados de la dirección de aquellos cam-
pos y como antes he dicho, hablo en
conciencia, para que todo el mundo se
entere del tratamiento que se les dá á
los obreros. El sueldo que ha estable-
cido el capataz es el de nueve reales,
constándome que ha partido de él es-
tablecerlo así. Allí se trata á los hom-
bres, poco menos que á las bestias.
Muchas veces nos tienen trabajando
hasta las once del día y nos pagan con
cuarenta céntimos. Acortan los des-
cansos que nos pertenecen, teniéndo-
nos trabajando después de hora. Del
trato como dije antes: palabras gro-
seras, amenazas, y en fin, ¡lo inaudito!
llegar hasta á pegar.

Ni es justo que esto ocurra, ni de-
be ser, ni créo que el señor Osborne
esté al alcance de ello, pues to que de
estarlo, seguramente no lo seguiría
consintiendo, porque él mejor mejor
que otros conoce los mandamientos
de la ley de Dios y ellos son su norma
como buen cristiano.

Voy á manifestar las ventajas que
proporciona á los intereses de su se-
ñor hermano don Roberto, pues los
que son tan inconsiderados é inhu-
manos con los obreros, en lugar de be-
neficar los intereses del dueño á quien
sirven lo que hacen es perjudicarlos;
y así tiene que ser, pues ellos que no
saben administrar sus bienes, mal pue-
den administrar los ajenos. Por esto
advierto á los señores Osborne que
con servidores de esa índole no se
puede vivir en paz ni conseguir nin-
gún beneficio sino perjuicios en los
intereses y perjuicios á granel, y tanto
es así que de continuar así las cosas,
el día menos pensado puede ocurrir
cualquier suceso ó conflicto grave. Y
esto lo digo, lo afirmo y lo sostengo
en el periódico, en su casa, en el
campo y en donde quiera que se ofrez-
ca ó tengan por conveniente, y en-
tonces se sabrá algo más, que todo no
se puede confiar á la pluma. Tengo el
gusto de hacer la salvedad de que el
señor Administrador cumple debida-
mente con su deber, y si ocurre esto,
que anteriormente va redactado, no es
por culpa suya, sino porque lo traen
engañado los mismos que traen enga-
ñados á los señores Osborne. Esto me
consta por un señor amigo mio, que
le conoce y sabe lo que pasa.

UN VITICULTOR.

Municipalidades

Estuvimos conformes, ¿cómo no estarlo?,
con el Sr. Varela, cuando en su discurso de
toma de posesión de la Alcaldía, decía que
todos sus amores serían para la instrucción,
porque sólo pueden ser grandes los pueblos
cuando de ellos se haya totalmente extirpa-
do el analfabetismo.

Desde el liberal dinástico hasta el ácrata,
aplaudimos *in mente* ¿y cómo no? las mani-
festaciones del Sr. Varela; pues solamente la
instrucción da la capacidad necesaria para
ejercitar la libertad y con ella el derecho.

Así que nos ha sorprendido grandemente
que la primera economía municipal que
nuestro Ayuntamiento acuerda vaya contra
la Academia de Bellas Artes, la que si por
ello de muerte no la hiere, por lo menos se la
producen lesiones de pronóstico reservado.

¡Qué desencanto para el *amateur* de la
instrucción, que há días desde las columnas
de *La Revista Portuense*, indicaba la conve-
niencia de ampliar los estudios que se facili-

tan á la juventud en tan culto como honora-
ble centro docente!

Ni por la mente del *amateur* á que antes
me refiero, ni por la de nosotros, pudo jamás
pasar la idea de que los que nos hemos lleva-
do toda la vida diciendo que los Poderes pú-
blicos de España se distinguen de entre los
demás Poderes mundiales por su mezquindad
para con todo aquello que con la instrucción
se relaciona, seamos los que «el sentirnos Po-
der, hagamos una ridícula economía de 600
pesetas anuales, con que el Municipio venia
subvencionando á la Academia de Bellas Ar-
tes.

Se argüirá, sin dada, por el iniciador ó
iniciadores de la supradicha economía y co-
mo alegato de fuerza, que trasladándose co-
mo se va á trasladar la referida Academia á
un edificio propiedad del Estado, que lo ha
cedido para dedicarlo á Centro de cultura, la
Academia obtiene una economía mayor á la
subvención que *graciosamente* se le suprime,
por cuanto que se ahorra de tener que pagar
casa.

Pero ¿es que quizás el Ayuntamiento va á
pagarla?

No, es que los capitulares aprovechan la
oportunidad de resolver el pavoroso proble-
ma económico del Municipio, y ¡qué mejor
base económica que la de 600 pesetas!

Iba á dar con esto por terminado el ciclo
de mi segunda época periodística, si perio-
dismo es emborronar cual nosotros cuartillas
á trompazos, cuando recibo el trabajo que
cópia y que por su índole en las «municipa-
lerías» tienen su oportuno lugar.

Hélo aquí. ¿Quiere decirnos el Inspector
del Matadero, qué razón hay ahora para que
las reses que sen allí sacrificadas, no traigan
el sello que está mandado? En el Matadero
como en Beneficencia, plaza de Abastos, et-
cétera, existen muchos vicios que los conce-
jales republicanos y socialistas están en el
deber de corregirlos.

Y ya que del Matadero nos ocupamos, lla-
mamos también la atención de esos conceja-
les, para que en la próxima corrida de toros,
no se repita lo que viene pasando con los to-
ros de lidia.

Está mandado muy terminante por la ley,
que esas clases de carnes se vendan en tablas
destinadas á ese efecto.

Pues bien: en la tabla establecida para los
toros, se venda con perjuicio de algunos po-
bres, una pequeñísima parte de las seis reses
que matan en el circo taurino, mientras la
mayor y más importante *cuela* en las tablas
de carne de vaca, para ser vendida al precio
de carne mansa.

Esto es lo que hay que evitar para cumplir
con la misión que les llevó al Municipio.

Y ahora solo me resta el consabido «he di-
cho», con el que los oradores suelen poner
fin á sus discursos, lamentando no por mí,
sino por el periódico, tener que volver hacer
uso de la palabra.

EL DE ANTES.